

Á MAGDALENA

MI NODRIZA

No porque la noche fría
Tu africana faz vistiera
Con el color que la blanca
Altiva estirpe desprecia,
Fué menor nunca el afecto
Con que te amé, Magdalena,
(Que cual la tez no escondías
El alma por dentro negra)
Ni es menor mi pena ahora,
Ó el llanto es menos que riega
Mi mejilla, y que me arranca
De tu fin la triste nueva ;
Tu fin que un lustro á tu amante
Hijo adelantó la ausencia,

— 23 —

Sin que pudiera volverte
Así en tus horas postremas
Los amorosos cuidados
Que te debí en mis primeras,
Y en parte al menos pagara
Tan grande sagrada deuda ;
Sin que tus amados restos
Á la mansión sempiterna
Acompañara, ó en llanto
Bañara tu humilde huesa.

Tú también eres mi madre,
Tú que mi niñez enferma
Sustentaste un año entero
Con la sangre de tus venas ;
Tú que, partiendo conmigo
El amor de tu hija mesma,
Á ella y á mi nos amabas
Con igualdad tan perfecta,
Que tan solo declaraba
Del color la diferencia,
Ser ella hija de tu sangre,
Yo solo de tu terneza ;
Tú que de la noble y santa
Caridad imagen eras,
Cuando su blanco sustento
Á un pecho yo, mientras ella
Al otro pecho, exprimía
Con boca asida y sedienta ;
Ó cuando del diestro brazo,
Dándote amor fortaleza,

Era yo peso querido,
Y del otro tu hija lo era.
¡ Cuántas veces con mi llanto
Me despertaste inquieta !
¡ Cuántas de mi cuna al lado
Pasaste la noche entera,
Sin dar al sueño un instante
Tu fatigada cabeza ;
Ó tal vez entre tus brazos,
Cuna mas blanda que aquélla,
Me arrullabas y mecías,
Y antiguas canciones tiernas
Con baja voz me cantabas,
Hasta que yo me adurmiera,
Sin que jamás se agotase
El caudal de tu paciencia !

Tan solícitos cuidados,
Tal ternura, tantas penas,
¿ Con qué premio jamás pude
En parte corresponderlas ?
Ni ¿ qué valió el que la dulce
Libertad luego te diera,
(Que aun esclavitud injusta
Era de mi patria mengua)
Si, siendo libre cual todos,
Por ley de naturaleza,
Te volví lo que era tuyo,
Dejando intacta mi deuda ?
Estimar tan solo pudo
Excesiva recompensa
Lo que solo era justicia
Tu gratitud lisonjera.

Ni, porque quisiste un tiempo
Dejar la casa materna,
De mí te olvidaste nunca,
Ni me faltaron las muestras
De tu amor ; aun me parece
Que con raudos pasos entras,
Y que yo á tu encuentro vuelo,
Y que á tu seno me estrechas
Y me das mil dulces nombres
Que hasta hoy en mi oído suenan ;
Y luego á mi ansiosa vista
Aun me parece que enseñas,
Ya gracioso juguete
Que mis miradas alegre,
Ya sabrosa golosina,
De menos dulzura llena
Que las caricias y extremos
Con que la das y presentas.
¡ Oh corazón generoso !
Vez ninguna se me acuerda
En que, de dones desnuda,
Á tu Clemente á ver fueras,
Que del óbolo postrero
Se privara tu pobreza,
Antes que el presente usado
Faltara á tu larga diestra.

Si los presentes el alma
Los mide sólo y los precia
Por la intención y el afecto
Con que el alma los ofrezca,

Nunca mayores los hizo
Vana ostentosa opulencia,
Ni envidió jamás el mundo
Más rica dádiva regia.

Perdona, oh madre, perdona,
Si mi condición soberbia,
Por tu ternura engreída,
Pudo con cólera ciega
Olvidar tantos favores
Con la ofensa más pequeña ;
Perdona, si tal vez pudo
La injuriosa fácil lengua
Ser ocasión de tu llanto
Y de tus humildes quejas.
¡ Sabe el cielo, sabe el cielo
Con cuánto dolor me pesa ;
Él es, oh madre, testigo
Del desconsuelo y la pena
Que siente de tu hijo el pecho,
Al pensar que la dureza
Del hado negarle quiso
Que, á tu mortal cabecera
Postrado humilde de hinojos,
El perdón de sus ofensas
Te pidiera arrepentido,
Y de esos labios le oyera,
De esos labios que no espero
Que jamás á hablarme vuelvan !

Mas, ya que consuelo tanto
Me negó la suerte adversa,
Blandos reciban tus manes
De aqueste canto la ofrenda ;
Él por mi perdón te pida,
Él por mi perdón merezca ;
La antigua deuda del hijo
Pague siquiera el poeta ;
Y, si han de pasar mis cantos
Á las gentes venideras,
En ellos, ¡ oh mi nodriza !
Tu humilde nombre se lea.

Á ELENA

Labios tienes cual púrpura rojos,
Tez de rosa y nevado azahar,
Y rasgados dulcísimos ojos
Del color de los cielos y el mar.

Oro es fino la riza madeja
Que hollar puede el brevisimo pie,
Y flor tierna tu talle semeja
Que temblar al favonio se ve.

La hija bella del Cisne y de Leda,
Te pudiera envidiar cuerpo tal ;
Pero en él más bella alma se hospeda,
Que no empaña ni sombra de mal

Prole extraña tal vez me pareces
De himeneo entre Dios y mujer : .
¡ Ah ! ¡ dichoso, dichoso mil veces
Quien amado de ti logre ser !

No yo, indigno de tanta ventura,
Á cuya alma pesó, cada vez
Que te viera, no ser ya tan pura
Cual lo fué en su primera niñez.